



María Elena Peñalver

# LA TAHONA



TREGOLAM

© La tahona  
© MARÍA ELENA PEÑALVER

ISBN: 978-84-18411-69-4

Editado por Tregolam (España)  
© Tregolam (www.tregolam.com). Madrid  
Calle Colegiata, 6, bajo - 28012 - Madrid  
gestion@tregolam.com

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Imágen de portada: *Caos posbombardeo*, Barceloneta, Barcelona, 29 de mayo de 1937  
© Antoni Campaña / Arxiu Campaña

Diseño de portada: © Tregolam

1ª edición: 2021

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

Impreso en España  
*Printed in Spain*

## ÍNDICE

---

CAPÍTULO 1. EL ESCRITOR .....	15
CAPÍTULO 2. VIOLETA .....	18
CAPÍTULO 3. BASILIO .....	51
CAPÍTULO 4. TOBÍAS .....	56
CAPÍTULO 5. TRES AÑOS DESPUÉS. BASILIO .....	65
CAPÍTULO 6. INTERLUDIO .....	80
CAPÍTULO 7. EL REFUGIO .....	103
CAPÍTULO 8. CONDE FRANCISCO PEÑALVER .....	120
CAPÍTULO 9. MÓNICA .....	137
CAPÍTULO 10. EL CAMPO DE CONCENTRACIÓN .....	143
CAPÍTULO 11. BERTO Y MÓNICA .....	158
CAPÍTULO 12. HÉCTOR SALVATIERRA .....	183
CAPÍTULO 13. EL NACIMIENTO .....	194
CAPÍTULO 14. AÑO 2003. VIOLETA .....	208
CAPÍTULO 15. MARÍA .....	218
CAPÍTULO 16. MUERTE DE UNA AMIGA .....	225
CAPÍTULO 17. SVENKA .....	266
CAPÍTULO 18. EL REFLEJO DE VIOLETA .....	279
CAPÍTULO 19. EL ABOGADO .....	300
CAPÍTULO 20. EL DESTINO .....	316
CAPÍTULO 21. EL FINAL DEL SENDERO .....	341
EPÍLOGO .....	343



*A mi madre, a mi tía Pepa y a mi hija Sara.  
A mis tías Angelines y Merceditas*



## CAPÍTULO 1. EL ESCRITOR

Era un viejo escritor un tanto maniático. Derecho que había adquirido con los años.

Su nombre no era muy conocido en el mundo editorial, pero sí lo suficiente para ser invitado a todos los eventos de la Academia de Bellas Artes.

Se llamaba José Antonio Durán Zambrano.

Hacía varios años que tenía problemas para conciliar el sueño más de cinco horas seguidas. Cuando esto ocurría aprovechaba para escribir. La escritura se convirtió en un bálsamo terapéutico y el insomnio en su musa. Sus mejores obras surgieron en ese intervalo de horas entre una cabezada y otra. Sus siestas casi duraban tanto como sus sueños nocturnos, de esta forma conseguía descansar a lo largo del día un número de horas bastante aceptable para su edad.

Este relato surgió de un sueño agitado en una noche ventosa.

Un folio en blanco fue garabateado con estas primeras frases...

«No sé si esta historia es digna de ser escrita o no. Es una historia contada a través de sus personajes. Personas que más de una vez se han podido cruzar en nuestro camino sin hacerles caso. Personas a las que me he limitado a ponerles un nombre y en alguna ocasión hasta apellido».

En el año 1999 comenzó todo. Un año significativo para nuestro escritor. En la casa del conde Peñalver y su esposa nos encontramos con su singular criado que es uno de los protagonistas de esta historia.

Él era un hombre encorvado sobre sí mismo, de aspecto extraño y anodino. Si no fuera por su estafalaria figura pasaría desapercibido pues no decía ni expresaba nada.

Siempre firme junto a la puerta, esperando instrucciones de cualquiera de sus jefes.

Mirada perdida en el vacío, mueca en la boca, rostro hermético.

Sus brazos colgaban de su cuerpo como si ese no fuera su lugar. Sus larguísimas piernas eran dos palillos huesudos que servían para mantenerle en pie y ayudarle a

deslizarse al andar. Este hombre nunca levantaba los pies del suelo como si la gravedad le tuviera atrapado con un imán impidiéndole correr o moverse con soltura.

Sus manos eran finas, de dedos largos, delicadas, incluso se podría decir que bonitas. Bien cuidadas, tersas y suaves al tacto. Gracias a ellas había obtenido su primer y único trabajo.

Habilidoso con las tareas manuales. Concertista de piano bastante aceptable. Sus manos eran la única expresión de humanidad en aquel engendro, o eso parecía.

Tras su grotesca apariencia ocultaba otra virtud que no estaba a la vista. Hablamos de su voz.

Una voz educada desde la infancia gracias al fino oído de su profesor de piano. Un pobre hombre cuya capacidad visual había mermado con los años dependiendo por entero de su sentido auditivo.

¿Cómo se puede definir un sonido? Es algo indescriptible, genérico, que define el oyente. ¿Es bello? ¿Es desagradable?

Su voz era un conjunto de armonías de muy diversos tonos. Modulaba el volumen y la vibración según requería la ocasión.

No le gustaba cantar en público, lo reservaba para su intimidad.

Las circunstancias le llevaron a revelar este don ante el hijo de su señora. Fue un medio desesperado para conseguir que el niño se durmiera.

Al pequeño le gustó tanto que todas las noches les pedía a sus padres que le dejaran a solas con el mayordomo antes de dormirse.

Al principio fue la propia comodidad de los padres, quienes cedían gustosos el honor al criado de acostar a su hijo. Era la única forma de que toda la familia pudiera descansar toda la noche.

Después fue la curiosidad innata en el ser humano lo que llevó al padre a preguntarse qué hacía Basilio para conseguir que su hijo se durmiera.

El padre poco tiempo estaba en casa por cuestiones laborales; por lo que no entendía qué tenía ese personaje tan estrafalario para que su mujer y su hijo le defendieran a capa y espada cuando se le ocurría mencionar algo de su aspecto o sugerir la conveniencia de contratar un servicio más agradable a la vista en concordancia a su clase y abolengo.

Un día, como todas las noches, los padres pasaron a dar un beso a su retoño para deseárselo buenas noches una vez estuvo acostado.

Basilio esperaba en la puerta en su habitual posición de firmes. En cuanto los padres salieron cerró la puerta con mucho cuidado.



La madre, según su rutina, se fue a su habitación. Este matrimonio hacía años que dormía en habitaciones distintas. El padre se quedó entretenido en el pasillo, revisando el polvo de las esquinas. En cuanto creyó tener la oportunidad puso el pabellón auditivo en la puerta sin mucho éxito. Presionó el picaporte levemente, lo suficiente para dejar un diminuto resquicio. No necesitó ver nada pues fue su oído el que descubrió el misterio. Una hermosa balada contada en mi menor se escuchaba.

«¿Sería su hijo el dueño de tan prodigiosa voz? La radio no podía ser porque no le gustaba que hubiera aparatos electrónicos en las habitaciones».

Asomó un poco la cabeza para saciar su curiosidad. Su hijo dormía plácidamente acunado por la balada que cantaba aquel ser tan inexpresivo físicamente que era su criado.

Basilio, sentado en una silla al lado de la cama, la espalda curva, las manos reposando en las rodillas, los ojos cerrados y su voz mostrándose en todo su esplendor.

El padre, sin saber por qué, sintió vergüenza, como si hubiera robado un momento que no le pertenecía. Cerró con todo el cuidado que pudo, pero no fue suficiente porque Basilio se había dado cuenta de su presencia, aunque no lo demostró.

El padre volvió a su cama intentando entender las razones de la Naturaleza para privar a su criado de tantas cosas en el aspecto físico y darle el don de cantar tan maravillosamente.

Basilio trabajaba en la casa de la condesa Remedios Salviatierra Colón, título adquirido por matrimonio, quien aportó la fortuna de su familia a la unión. Su familia eran terratenientes de grandes propiedades de latifundios en el sur de España. Se casó con el conde Ramiro Peñalver Ramírez, título que le fue otorgado a su familia por la reina Isabel II por prestar unos determinados servicios a la corona.

Entró a trabajar de ayudante del mayordomo de la casa a la edad de dieciocho años.

Había nacido en una buena casa pues sus padres eran de clase media, trabajadora, honrada y muy cariñosa con su único hijo pues eran conscientes de las trabas que el mundo le pondría a su vástago por ser feo y contrahecho.

Le pusieron el nombre de Basilio en recuerdo de un abuelo que fue magistrado del Tribunal Supremo.

Basilio Moncada del Toro era su nombre.

## CAPÍTULO 2. VIOLETA

Ella era alegre, pizpireta, jovial, de aceptable belleza. Llevaba gafas negras, redondas, de miope. No era lista ni tampoco tonta. Tenía claro desde pequeña lo que quería hacer con su vida. En sus planes estaba casarse con un hombre con un buen trabajo, tener dos hijos; un niño y una niña. Vivir en una casa con jardín y piscina. Tomar café con sus amigas e ir a un gimnasio para estar en forma. Su marido ganaría lo suficiente para mantener a la familia. Él sería guapo, alto, fuerte y muy inteligente.

¡Ay! La realidad muy pronto destrozó sus sueños juveniles. Tuvo su primera relación sexual a los diecisiete años con la mala suerte de quedarse embarazada. Su madre la echó de casa por sinvergüenza en cuanto se dio cuenta de su estado aprovechando que ya estaba a punto de cumplir la mayoría de edad. No encontró a nadie con la suficiente misericordia para acogerla.

Sola, abandonada, tuvo que buscarse la vida en la calle con pequeños hurtos para poder comer. Almacenaba bajo el puente de un parque las ropitas de bebé que iba encontrando en los cubos de basura.

Pronto desarrolló la picaresca necesaria para sobrevivir a pesar de que su incipiente tripa se estaba convirtiendo en un obstáculo.

El tiempo fue empeorado al adentrarse el invierno. Su hijo o hija nacería en junio.

Tuvo la gran suerte de encontrarse con una anciana que se había caído al suelo por culpa de una de las pocas placas de hielo que se habían formado por culpa de la lluvia y el frío —digo suerte porque aquella desgraciada circunstancia le cambió la vida para siempre—.

La mujer debió resbalar y cayó al suelo. Violeta intentaba coger comida de un contenedor de basura cuando lo vio.

No había mucha gente en la calle. Casi se podría decir que estaban ellas dos solas. Escuchó a la mujer quejarse de dolor. Se acercó para ayudarla.

—Señora, ¿necesita ayuda?

—¡Ay! Hija, me duele mucho. ¿Podrías llamar a una ambulancia?

—No tengo móvil.

La mujer la miró de arriba abajo dándose cuenta por su aspecto de la situación de la muchacha. Miró en todas direcciones intentando encontrar a alguien que pudiera dar el aviso. El dolor era terrible. La muchacha seguía agachada a su lado esperando instrucciones. Se la veía muy jovencita aparte de embarazada.

—¿Cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir los dieciocho —dice la muchacha intentando taparse la tripa.

—Soy la hermana Mercedes. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Violeta.

—Muy bien, Violeta. Necesito tu ayuda. No creo que a estas horas pase mucha gente por aquí. ¿Ves el edificio que hay detrás de mí?

—Sí.

—Quiero que entres en las oficinas y pidas ayuda.

Violeta duda. El edificio en cuestión tiene la pinta de ser la típica institución del gobierno que ella rehúye por miedo a acabar encerrada en un centro de acogida. No se da cuenta de que ya tiene dieciocho años y que ese es un miedo infantil inculcado por sus compañeros indigentes.

—Vamos, Violeta. ¿Tienes algún problema? —le dice la hermana Mercedes tocándole el brazo.

Violeta se levanta como un resorte. La cara contraída de dolor de la hermana la ha convencido. Sin pensárselo dos veces entra por la verja principal, atraviesa un desastroso jardín e intenta entrar por la primera puerta de madera que ve. No se da cuenta del cartel que cuelga hasta varios intentos fallidos por entrar. El cartel en cuestión informa que la puerta está rota y que hay que acceder por la puerta trasera que da acceso a la cocina.

Violeta mira atrás. La hermana Mercedes no se ha movido. Se sujeta la cadera. Sigue el camino indicado. Entra por lo que parece ser la cocina. No hay nadie. Avanza hacia la única puerta que da acceso al edificio. Se encuentra con un pasillo que recorre deprisa hasta que encuentra otra puerta con un cartel que indica la palabra despacho. Llama. No escucha nada. Vuelve a llamar. En eso que un hombre aparece por el otro extremo del pasillo.

—Oye, muchacha. ¿Necesitas algo? —El hombre se acerca repitiendo la misma pregunta.

Violeta se aturulla un poco hasta que consigue explicarse.

—Una monja se ha caído. Está ahí fuera. Le duele mucho la cadera. No tengo móvil. Necesita una ambulancia.

—¿Una monja? ¿Ahí fuera? ¿La hermana Mercedes?

—Sí, eso, la hermana Mercedes.

El hombre sale corriendo sin esperarla. Llega mucho antes que ella hasta la accidentada. Cruzan unas palabras, coge su móvil y llama. Quince minutos después aparece una ambulancia.

Violeta se ha quedado en segundo plano. Quiere marcharse, desaparecer, pero no puede hacerlo hasta que sepa que la hermana Mercedes se encuentra bien. Ve llegar la ambulancia y un coche de la policía. Se esconde tras los cubos de basura. La policía le da miedo. El hombre mira en su dirección para que dé las explicaciones pertinentes. Va a decir algo, pero la hermana Mercedes le coge del brazo. Le comenta algo al oído y es él quien se encarga de resolver las dudas del policía que va a redactar el atestado.

—Estás helada, muchacha. Ven a la cocina. Te daré un poco de leche caliente. Me llamo Alipio. Soy el director de este centro.

—¿Se pondrá bien la hermana?

—Sí. No te preocupes. El médico de la ambulancia dice que cree que no se ha roto la cadera, que son solo magulladuras, pero hay que hacerle pruebas para cerciorarse. La hermana me ha dicho que te dé las gracias. ¿Cómo te llamas?

—Violeta.

Violeta teme seguir hablando por si el tal Alipio llama a la policía para que la detengan. Es tal el terror que le tiene a los cuerpos de seguridad del Estado que no se da cuenta de que no ha hecho nada malo. Coger comida de la basura no es ningún delito.

Alipio le mira la barriga y no puede evitar preguntar.

—¿De cuánto estás?

—No lo sé. Creo que de cuatro o cinco meses.

—¿Tienes dónde vivir? Este invierno está siendo uno de los más duros que se recuerdan.

Ella no contesta. Él vuelve a preguntar.

—Violeta, ¿tienes algún sitio resguardado donde quedarte?

Ella niega con la cabeza.

—¿Sabes? La hermana Mercedes me ha pedido un favor. Es una gran mujer a la que tengo en gran estima. Fue fundadora de esta institución. La primera directora. Por ella daría la vuelta al mundo si me lo pidiera.

—Se ve que es una mujer muy fuerte —consigue comentar ella.

—Me ha pedido que te ofrezca alojamiento hasta que tú decidas que quieres irte. Esto es un centro abierto donde se da refugio a todo aquel que lo necesita. Se llama EL REFUGIO. Ahora estamos en la sección femenina. Para evitar complicaciones se dividió en dos zonas; zona masculina y zona femenina. Este edificio es más grande de

lo que parece pues tiene una parte subterránea donde se podría vivir sin necesidad de salir. Durante un tiempo sus túneles fueron utilizados en la guerra civil española por personas que huían del gobierno en el poder. Si te quedas podrás conocer historias increíbles.

Ella sigue sin responder por lo que él continúa para intentar convencerla.

—Hagamos una cosa. Te quedas esta noche, mañana te enseño las instalaciones y te presento a la gente que actualmente está residiendo aquí. Después tú decides si te quedas o no. Mi consejo es que deberías quedarte en el estado actual que estás.

Una esperanzadora sonrisa acompañada por un sí fue la respuesta de nuestra protagonista.

Evidentemente, decidió quedarse y aún más cuando al día siguiente comprobó todo lo que podía ofrecerle ese centro.

Por primera vez en muchos meses pudo asearse a diario y comer caliente tres veces al día. Dormir en una mullida cama en una habitación compartida con otras dos mujeres, sin peligro de que alguien se le echara encima con malas intenciones.

Durante aquellos meses de embarazo que le quedaban, cuando el frío empezaba a sentirse, intentó ver a su madre. Pedirle ayuda en nombre de su futuro nieto. Solo consiguió que se le rompiera el corazón un poco más. Su madre ni vio, ni oyó, ni sintió nada cuando su única hija, sangre de su sangre, se plantó en la puerta de su casa para suplicarle. Su duro corazón solo entendía de la vergüenza por los cotilleos de las vecinas.

Los días en el refugio fueron pasando. El verano llegó. La brisa cálida anunciaba unos meses calurosos.

El Refugio era un gran edificio señorial donado por la marquesa Dorinda Rioseco, quien, a su vez, lo había adquirido en la primera subasta de bienes inmuebles que había realizado la Iglesia católica para disponer de efectivo.

Mujer generosa, quiso conservar el mismo espíritu de la institución del Refugio, el cual se habría cerrado por falta de fondos si ella no lo hubiera adquirido. Tan ilustre personaje llegó a admitir la condición de que estuviera bajo la dirección eclesiástica encarnada en su fundadora, la hermana Mercedes.

Mujer multimillonaria, cuyo título era una herencia obtenida por derecho propio. Su escudo de armas refleja exactamente el momento en el que le fue concedido el título a su familia. Su rancio abolengo proviene nada más y nada menos que de los mismísimos Reyes Católicos, más exactamente de la reina Isabel la Católica, quien

agradeció de esa manera la importante financiación económica de su familia a las expediciones de Colón en 1492. Mujer consciente de su suerte y del lugar que ocupa en la sociedad. Muy generosa y compasiva con las desgracias de su sufrido sexo.

El problema es que el edificio en cuestión, situado en la calle Sacramento n.º 2, era un caserón antiguo y un tanto destartado. Necesitaba muchas reparaciones para su mantenimiento. La buena marquesa entregó el inmueble, pero no el dinero para hacer las reparaciones necesarias para usarlo a pleno rendimiento. Las ayudas sociales solo llegaban para pagar la alimentación, los gastos de luz y calefacción. Lo cierto es que una ínfima parte de los subsidios llegaba a las beneficiarias. El resto de las partidas se perdían en el camino entre los proveedores y los funcionarios.

El momento de dar a luz se acercaba. Al lado de su cama tenía una vieja cuna de madera un tanto destartada, pues algunos barrotes estaban astillados o partidos. Alguien lo había intentado solucionar cubriéndolos con celofán.

Sin embargo, ella pensaba que aquella cuna era un maravilloso tesoro pues ahí dormiría su retoño. Un varón le había dicho el ginecólogo al que le había llevado una asistente social que se llamaba Rita.

Una compañera del refugio le había confeccionado unas sabanitas y un edredón con muchos trozos de tela que había encontrado en un polígono y la habilidad artesanal en el manejo de una aguja con hilos de muchos colores hizo el resto.

Otra había hurtado unos peles de unos grandes almacenes, llevándose la oportuna bronca tras devolver lo robado. Otra le había regalado unos libros sobre la aventura de ser madre que había encontrado tirados en la basura.

Además, contaba con los sabios consejos de dos grandes mujeres. Por un lado, tenía a la hermana Mercedes, que regresó del hospital dos días después tras haberle hecho varias pruebas para comprobar su estado. Por otro lado, tenía a la cocinera, la señora Milagros, quien, a su vez, era amiga personal de la hermana Mercedes. Ambas le contaban un montón de historias sobre la guerra civil y la posguerra.

Creo que ha llegado el momento de presentarla como se merece. Su nombre completo era Violeta Rocha. Su persona, a pesar de todas las adversidades que había sufrido tras abandonar el hogar materno, irradiaba luz y alegría. Positiva y buena. No veía el pobre valor económico de los objetos que recibía, sino que los agradecía admirada porque su hijo iba a poder disfrutarlos.

Todo el mundo en aquel lugar la apreciaba a su manera. Siempre dispuesta a ayudar y a aprender consciente de su enorme ignorancia.

Quiso el destino que una de las benefactoras del Refugio fuera la señora de nuestro conocido mayordomo.

Hete aquí que llegó a oídos de la señora Remedios, mujer piadosa a la par que interesada en figurar en su noble círculo social, la situación de extremo abandono del inmueble que tan generosamente había donado su amiga Dorinda.

El director del centro, un tal Alipio Gómez, puso en antecedentes al grupo de benefactoras, aprovechando una fiesta en la casa de la marquesa, a la cual había sido invitado oficialmente. Les expuso entre copa y copa de champán el estado de las cuentas de la institución que dirigía.

Buen orador, consiguió enternecer el corazón de la Sra. duquesa, quien se avino a visitar el centro un día de la semana entrante para ver el estado de las instalaciones y las reparaciones urgentes que necesitaba.

El miércoles de esa semana se presentó por la mañana acompañada por su mayordomo Basilio.

Franqueado el portón principal, observó el jardín salvaje y descuidado en lo que se había convertido aquel terreno que había sido cuidado y diseñado por un paisajista de renombre.

No pudo entrar por la puerta principal porque había colgado un cartel informando a los visitantes que la puerta estaba rota y no se podía abrir, indicando que el camino a seguir para entrar era a través de la cocina.

Ahí vieron a Violeta que lidiaba con la cafetera que tenía la mala costumbre de funcionar cuando le convenía. No se percató de la presencia de los visitantes. Resoplaba intentando apartar un mechón de su cabello que no quería apartarse de su cara. No se atrevieron a interrumpirla esperando a que arreglara el aparato.

—Señora duquesa. ¿Lleva mucho rato esperando?

—Violeta, querida, ¿no te habías dado cuenta de que teníamos visita? Pase, por favor, pase a mi despacho. Buenos días, Basilio. ¿Qué tal estás?

Violeta se limpiaba las manos manchadas de café mientras pedía disculpas por no haberlos visto. Le impresionó la presencia de Basilio, aunque no lo dejó traslucir.

El director, Alipio, pasó a su excelsa benefactora a su despacho para enseñarle los libros de cuentas que había mencionado en la fiesta.

Basilio se quedó en la cocina en posición de firmes.

—¿Quieres café? Creo que he conseguido engañar al aparatejo este y nos dará un poco.

Basilio asintió con la cabeza. Sin decir nada se acercó a la cafetera para servir el café.

—No, por favor, eres un invitado. Soy yo quien debe ponerte el café. Si eres quien creo que eres, necesitarás muchas fuerzas para todo lo que hay que reparar a este viejo amigo.

Él la miró extrañado. No entendía lo de viejo amigo. Miró a los lados buscando a ese amigo.

—Disculpa mi forma de hablar. Suelo personalizar a los objetos que me dan ayuda, protección o seguridad. Mi viejo amigo es este caserón que con sus gruesas paredes me ha dado la seguridad y los amigos necesarios para que mi hijo nazca en un mundo mejor que el de la calle.

Sus explicaciones hicieron que Basilio sonriera levemente.

—Siéntese, señorita. No puedo permitir que una mujer en su estado esté tanto tiempo de pie. Yo serviré el café. Forma parte de mi trabajo. Así puede ir contándome desde su punto de vista cuáles cree que son las reparaciones más urgentes que se necesitan.

Ella no tuvo opción de objetar nada. Se sentó en la silla que él previamente había retirado. Después estuvo un rato manipulando la cafetera que otra vez se había apagado. La volcó, retiró los tornillos de seguridad con un destornillador que halló en la encimera, revisó unos cables, envolvió con cinta aislante algo, volvió a montar el aparato y lo encendió. En un par de minutos el olor a café inundó la cocina. Mientras se llenaba la cafetera de dos litros, Basilio cogió un tostador que estaba abandonado en una repisa porque tampoco funcionaba. Utilizó el destornillador, lo desmontó, revolvió en su interior, recolocó unas resistencias, lo volvió a montar.

Violeta le observaba conteniendo el dolor de las falsas contracciones que empezaba a sufrir.

—Hay rebanadas de pan en ese mueble y la mantequilla está en el estante de arriba de la nevera —le informó.

En lo que Basilio preparaba unas tostadas se terminó de hacer el café.

Abrió un armario donde encontró un par de tazas infantiles de loza. Una era de Piolín y la otra de ratones.

—¿Azúcar? —le pregunta.

—Sí, por favor, dos cucharadas —contesta ella—. Los has arreglado, ¿verdad? —Él asiente—. Gracias. ¿No te interesará venir a trabajar aquí de forma permanente? Un manitas como tú no vendría mal a un sitio como este.

Él volvió a sonreír, cosa bastante extraña en él. ¡Dos veces en un día!

«Esta muchacha tiene algo especial. Le duele, pero no se queja. ¿Cuántos años debe tener? ¿Diecisiete o dieciocho años?», pensó.



Ella le comentó qué problemas tenía el edificio. Él la observaba atento a sus palabras sin obviar sus propias conclusiones sobre ella. Mirándola con detenimiento su físico era bastante anodino. Ni fea, ni guapa, sino todo lo contrario. —Le gustaban las frases hechas—. Su presencia o su estado de ánimo era lo que llamaba su atención.

—¡Basilio! Ven. Vamos a ver lo que hay que hacer —escuchó decir a la condesa.

Violeta se quedó recogiendo la cocina y terminando de limpiar mientras las visitas hacían la inspección de los desperfectos guiados por el director.

Tras la inspección del edificio la señora Remedios propuso a D. Alipio prestarle a su mayordomo Basilio durante quince días. Solo podría trabajar en las reparaciones por la mañana pues ella no podía privarse de sus servicios a partir del horario de salida del colegio de su hijo. Quince días tendría Basilio para apañárselas y dejar el edificio en perfectas condiciones. Alipio era consciente de todo el trabajo que había que realizar, por lo que le rogó que ampliara el plazo de reparaciones a treinta días o que le permitiera a Basilio residir esos quince días en el centro para poder trabajar la jornada completa.

D.<sup>a</sup> Remedios no sabía qué le horrorizaba más de las dos peticiones. Si tener que contratar a un desconocido para que supliera a su mayordomo durante un mes o la desdicha que le supondría a su hijo por no tener a su amigo nocturno durante tanto tiempo, daba igual quince que treinta días. La buena señora ignoraba el secreto de su voz, más bien creía que la labor nocturna de su criado era contarle cuentos a su hijo hasta que le venciera el sueño.

Tomó una decisión rápida convencida de que era lo mejor para ambas partes. Cedería a Basilio durante treinta días, pero solo trabajaría por las mañanas. A las seis como muy tarde debería estar en su casa para cumplir con sus habituales obligaciones. En ningún momento se les ocurrió preguntar al principal interesado, quien los escuchaba negociar sin decir ni una sola palabra.

A la mañana siguiente Basilio se presentaría con las herramientas necesarias y algo de material para iniciar las reparaciones. El resto del material lo encargaría esa misma tarde para que estuviera a disposición de Basilio lo antes posible. El club social de las benefactoras asumiría los gastos.

Imaginaos a aquel hombre tan serio, tan circunspecto escuchando a su señora cómo disponía de su persona y de su trabajo sin pedirle su opinión en ningún momento. Violeta lo observaba todo desde la cocina asombrada del servilismo del mayordomo.

Al día siguiente, según lo pactado, llegó Basilio. Vino de madrugada, en silencio y se puso a trabajar con la intención de no hacer muchos ruidos molestos.

El primer día decidió empezar por arreglar la instalación eléctrica. Bajó al sótano donde pasó la mayor parte de la mañana pues el cuadro eléctrico estaba hecho un fiasco. Alguien había cortado y enlazado cables de forma errónea; por eso no funcionaban la mayor parte de las luces de la segunda planta y el aire acondicionado no arrancaba. No llegaba el suministro eléctrico.

Ese día Violeta y Basilio no se vieron, pero sí se sintieron. ¿Cómo?

Solo en aquel inmenso sótano, concentrado en el trabajo, se puso a tatarar una canción que había escuchado por la radio. Era una versión de *New York* de Frank Sinatra.

Violeta estaba ayudando en la colada, lavando a mano porque la lavadora no funcionaba. Al principio pensó que era la radio lo que estaba escuchando, incluso acompañó la canción con la única estrofa que recordaba. El director Alipio llegaba en ese momento del banco.

—Hola Violeta.

—¿Sr. director? Pensaba que estaba usted en su despacho.

—Y eso, ¿por qué?

—La única radio que tenemos está en su oficina.

El director se quedó extrañado hasta que escuchó a lo que se refería Violeta. Una voz de hombre cantaba invadiéndolo todo con la magia de la música.

—Violeta. Eso que escuchas no es la radio, sino Basilio, el mayordomo de doña Remedios.

—¿Basilio?

—Sí, el hombre que nos va a hacer las reparaciones del edificio.

—¡Ah!, pues canta muy bien.

—Sí, la verdad es que sí. No conocía esta habilidad suya. No me había comentado nada nuestra benefactora. Violeta, hay que cuidar de este hombre que ofrece su trabajo tan generosamente sin pedir nada a cambio. Se pudo negar cuando D.<sup>a</sup> Remedios le encargó esta titánica labor.

—No se preocupe, señor director. Me encargaré de que no le falte de nada.

—Y tú, Violeta, tienes que cuidarte un poco más y no trabajar tanto. Tu parto está muy cerca y necesitarás todas tus fuerzas para dar a luz.

Violeta terminó de lavar con ayuda de dos compañeras. Tendieron aprovechando el calor del mediodía.

Nadie se enteró cuando se fue a las cinco de la tarde. Nadie menos Violeta, que estuvo esperando en la cocina para darle de comer. Se quedó dormida profundamente

sobre la mesa, quedándose pegado un trozo de pan a su mejilla, para cuando despertó eran las cinco de la tarde.

Bajó al sótano con un plato de ensalada de pasta.

—¡Basilio! ¡Basilio! —Nadie contestó—. ¡Basilio! —gritó recorriendo el sótano.

Allí no había nadie. Recogidas en un rincón estaban las herramientas y la basura producida estaba guardada en una bolsa plástico negra con cintas rojas.

—Este hombre se ha ido sin decir nada. ¿Habrá comido algo? —se preguntó—. Seguro que se trajo un bocadillo para no molestar-dedujo.

En realidad, a Basilio se le olvidó llevar comida. Estaba tan enfrascado en resolver el problema de la electricidad que no se dio cuenta del tiempo. Una alarma inconsciente le avisó de que su amito estaba a punto de salir del colegio. Lo recogió todo, subió a la cocina para poder salir del edificio. Allí vio a Violeta dormida sobre la mesa, anduvo de puntillas para hacer el menor ruido y cerró la puerta con muchísimo cuidado para no despertarla

«Ja. Mañana será otro día. Estaré más pendiente para que este buen hombre se alimente como es debido», pensó Violeta.

El segundo día revisó que la instalación eléctrica funcionara en todas las plantas, desmontó algunos enchufes que estaban quemados, comprobando con un amperímetro que todo estaba bien.

Observó al subir y bajar las escaleras que había más de un escalón suelto con el consiguiente peligro de caída que eso suponía.

Los marcos de las ventanas del piso principal eran de madera. Pudo constatar que se estaba pudriendo y eso causaba fugas de calor.

A media mañana vino una parte del material. El patio trasero de las antiguas cocheras se convirtió en un provisional taller donde fue descargada la maquinaria que iba a necesitar y un palé de madera que habían cedido de un sobrante de la fábrica del marido de una de las benefactoras. Eran maderas de diferente origen y color. Había cedro, castaño, nogal, pino, caoba, etc. Basilio se pasó las manos por la cabeza y comentó en alto:

—¿Qué voy a hacer con esto?

Alguien le contestó a su espalda:

—Yo creo que se puede conseguir algo original y espectacular.

Basilio se dio la vuelta sorprendido pues no pensaba que tuviera compañía.

—Hola. Me llamo Violeta. Soy la embarazada del primer día —se presenta mientras se acariciaba su prominente tripa.

—Hola. Me acuerdo de ti. ¿Qué tal estás?

—Bien. Te llamas Basilio, ¿verdad?

—Sí, perdona mi mala educación.

Los dos se quedan mirando el palé.

—¿Qué piensas hacer con estas maderas?

—Pretendía reparar los escalones. Me he dado cuenta de que algunas piezas están sueltas.

—Lo cierto es que bajar esas escaleras es toda una aventura y más en mi estado. Yo cuando no lo tengo claro bajo a sentadillas. Por suerte, son los escalones pares los que están peor. Pisando en los sitios adecuados se puede bajar sin problemas.

Basilio se metió dentro de la casa sin decirle nada.

«¿Le habré ofendido?», Piensa Violeta al seguirle.

Encontró a Basilio subiendo la escalera, revisando cada escalón con su peso o pasando la mano por los desperfectos.

—¿Qué haces?

—Creo que ya sé lo que voy a hacer.

Sin hacerle mucho caso se puso a trabajar. Primero midió los escalones que iba a reparar, anotándolo todo en un cuaderno. Eligió las maderas de color más oscuro para cortarlas con una sierra circular, lijarlas y pulirlas. Una vez tuvo preparada la madera que iba a necesitar, retiró los peldaños afectados con una palanca o una pinza de punta fina, eliminando todos los elementos de fijación. Barrió todos los restos de madera, polvo y suciedad.

El trabajo se fue desarrollando sin problemas. Al final la muchacha tenía razón y solo estaban afectados los escalones pares. Repitió las mediciones del ancho y profundidad más la longitud del borde de cada escalón.

Lo comprobó con las maderas ya preparadas y probó que encastraran en cada escalón, ajustándolo con un adhesivo. Insertó un clavo de terminación en cada una de las cuatro esquinas usando una pistola de clavos. Una vez estuvo seco el adhesivo aplicó una tintura de madera de color oscuro con un pincel de espuma.

Durante todo este trabajo Violeta se quitó de en medio para no molestar. Estuvo en la cocina ayudando a la señora Milagros a pelar patatas y lo que le mandase.

La señora Milagros era toda una institución en aquel lugar. Era la cocinera. Se encargaba de dar de comer a más de sesenta personas sin que ni una sola se quejara de su comida. Cocinera con una gran experiencia, pagaba con su trabajo su estancia en él.

Basilio paró a las dos de la tarde. El ritmo de trabajo fue acelerado por lo que sudaba por todos los poros de su piel y estaba agotado.